Una isla llamada Eduardo Tokeshi

Eduardo Tokeshi (1960) es un artista visual y narrativo que siente haber cumplido con todo lo que un hombre debería hacer en vida: plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro. Sanzu, su primera publicación, reúne a todos los Eduardos en un mismo elemento: hay poesía, relato corto, ilustraciones, dibujos pequeños al óleo. Pero esta obra ha dejado en él un vacío, o más bien un deseo infinito por crear, como si su vida dependiera de ello.

(Eduarto Tokeshi sentado frente a un lienzo en su estudio / **Foto:** Daniella Paredes)

En un libro
de inmigrantes
okinawenses
alguien escribió:

es el mismo
mar
y
es

otra la orilla.

“Yo soy un artista visual que, con intermitencias, escribe”, reflexiona Eduardo Tokeshi en medio de una sala oscura, decorada por lienzos turquesas y caballos de madera que, si se miran de sobremanera, parece que cobrarán vida. En el ambiente se percibe el aroma a incienso como si se estuviera en un templo, y de fondo se escucha un silencio de complicidad. Está sentado en un sofá negro, sobre el cual se difuminan sus prendas también oscuras. En cada extremo hay cojines con tejidos cusqueños de colores vivos: amarillo, rosado, verde, celeste. A su lado está Ramona: una compañera de pelaje bicolor que mueve la cola cuando las manos de su dueño acarician su torso. Mientras Eduardo busca las palabras correctas para autodefinirse, su mascota empieza toser; él le da unas palmadas suaves en el hocico y ella, sin reparo alguno, desaparece entre los muebles.

Su expresión connota sabiduría, pero también ternura. Sus ojos alargados se cierran aún más cuando busca una respuesta, y su mirada se pierde en la nada cuando acude a un recuerdo. Tiene una barba gris como el cielo de la ciudad en que nació y en la que hoy habita, y lleva un par de lentes cuadrados que lo aproximan a los matices de su entorno. Sus manos permanecen unidas, entrelazadas, al igual que sus piernas cruzadas. La calma en sus movimientos es antagónica a la rapidez de su pensamiento: mientras habla, las palabras se pelean por ser las primeras en ser expresadas.

Tokeshi es, a sus ojos, “más peruano que la papa amarilla”. Pero este sentido de pertenencia con el Perú no es generacional ni mucho menos una herencia, sino más bien una adquisición personal del artista. Sus padres, hijos de japoneses, nacieron en Lima a inicios del siglo XX. A muy temprana edad, ambos, sin conocerse todavía, fueron enviados a Japón para aprender el idioma y las tradiciones. Años más tarde, regresaron trayendo consigo una extensión de Okinawa, la isla en la que se crió Eduardo: “Mi propia idea, mi propia percepción, es la de una persona que ha sido criado en una especie de isla, en una isla llamada Okinawa. Pero esta no estaba en medio del pacífico, sino a media cuadra del parque universitario”.

Eduardo, también llamado Edi por su familia de habla japonesa que no podía pronunciar íntegramente su nombre, nació en Lima un 12 de agosto de 1960. Su crianza fue, a nivel cultural, dual: en casa vivía las tradiciones orientales que habían adoptado sus padres, mientras que la mayor parte del tiempo absorbía la peruanidad en su máxima expresión. “El hecho de lo japonés metido en lo peruano, de alguna manera, me causó una serie de encontronazos”, cuenta el artista con la mirada fija en la mampara del frente, como si el

vidrio le mostrara un recuento de estas fricciones, de esta niñez tan lejana pero a la vez tan presente.

El silencio y la incertidumbre son ambos aspectos presentes en la obra de Tokeshi: “Más que silencio, es este estado de no saber”. Él cuenta que sus padres no le enseñaron a hablar japonés porque querían que aprenda el español a la perfección, no con jergas o malformaciones, sino de una forma limpia, utilitaria. Sin embargo, Eduardo sentía lejanía, e incluso soledad, cuando sus progenitores hablaban en clave para que él no entendiera, como si pasara algo malo: “Crecí escuchando otro idioma, y este otro idioma era desconocido para mí. Pero el castellano significó en mi vida el lenguaje de la inclusión, de meterme en lo peruano”.

Este conflicto comunicativo derivó en su futuro como creador de realidades, de puentes: “Es como crecer con la mitad de tu vida en un cuarto a oscuras y la otra mitad en un cuarto con luces. Ese cuarto a oscuras, de alguna manera, siento que tenía que iluminarlo pero ya de grande, siendo artista visual”. El arte, para Eduardo, no es más que un lenguaje universal. Puede significar muchas cosas, pero todos, a su manera, lo entienden: “Ese nivel de identificación, para mí, es único. Es lo más maravilloso. Creo que por eso hago arte”. Hace una pausa, voltea la mirada como expectante a la siguiente pregunta, y regresa Ramona; se sienta a su lado y esta vez no hace ruido, solo compañía.

En el 2012, Eduardo decidió trasladar la intimidad de su estudio a la galería German Krüger Espantoso en el ICPNA. La exposición “Eduardo Tokeshi: Retrospectiva 1984-2012” reunió 28 años de trabajo artístico que trascendieron el lienzo y se diversificaron en numerosas obras: “Solo nubes veo para ti” (1988); Serie “Banderas” (1985-2001); Conjunto “Vida y milagros del hombre invisible” (1997); Piezas de “Usos del (h)asta y otros objetos perdidos” (2000); El continente de juguetes (2008); Y “los magos” (2001).

Esta exposición se dividió en dos partes: las obras terminadas y las obras abandonadas. En una entrevista con RPP, a propósito de la muestra, Tokeshi aseguró que él estaba “exponiendo cuadros que nunca acabé, que se detuvieron y, que tal vez, no vuelva a retomar nunca más, pero que también son parte mía. De pronto, es un ejercicio de honestidad, de mostrar aquello en lo que fallé horriblemente”.

“Decidí hacer este ‘striptease’ artístico porque quiero mostrar el proceso de creación. Sé que la obra cuando se acaba es para contemplarse, pero lo más cautivante de estos 28 años ha sido el proceso de cómo me he enamorado poco a poco de las ideas que tengo”.

Eduardo aprecia su arte como un todo: no como una meta, sino como una cadena de sucesos.

10 años después de esta exposición al desnudo, Tokeshi participó en el Hay Festival Arequipa 2022 y dijo una frase que resume su sensibilidad al mundo y su percepción del arte como proceso, mas no como fin en sí mismo: “Se construye con el tiempo y mirando con mucha humildad”.

La infancia de quien ahora es considerado uno de los artistas contemporáneos más importantes a nivel nacional se desarrolló en una bodega: “la bodega del chino de la esquina”. Sus abuelos atendían este negocio con ayuda de otros familiares, el cual estaba ubicado en el Jirón Cotabambas, a pocos metros del parque universitario. Los clientes eran muy diversos, desde profesores y alumnos hasta amas de casas, o personas que iban a tomar unas cuantas copas y terminaban en una suerte de escenas absurdas que llamaban peleas. Por muchos años, este lugar fue la escuela de Eduardo, una muy diferente a las convencionales, una donde se hizo, como persona, como pintor y como escritor.

Durante la época del 60, el pequeño Edi sufrió de un asma adolescente que desaparece, por lo general, entre los 14 y 15 años. Esta condición no le permitía estar parado ni echado, tenía que estar sentado. Siendo un niño con la curiosidad a flor de piel, tenía que buscar con qué entretenerse, pero las opciones eran limitadas: podía quedarse sentado frente a un televisor con dimensiones similares a las de una caja color carbón, el cual tenía 3 canales, todos en blanco y negro, o podía leer comics. Escogió la segunda opción: “Leer comics fue, para mí, como una primera escuela. Copiarlos, leerlos, esa suma de lectura con visión de la imagen hizo que yo me inclinara por las artes visuales. Lo único que podía hacer era dibujar, dibujar y dibujar”.

Para sobrellevar las crisis asmáticas de aquel entonces, Tokeshi recuerda que su abuela le había hecho una mesita que colocaba frente a la silla en donde él quedaba postrado, y le daba una cantidad así (Pone su mano sobre la otra dejando un espacio considerable para mostrar cuánto recibía) de papel sulfito: este papel fino pero resistente, casi transparente de color blanco, era práctico para envolver arroz, azúcar, fideos y también para dibujar robots o intentos de manga japonés: “Dibujaba todo lo que veía, dibujaba un montón”, cuenta Eduardo mientras el cuarto a su alrededor se hace más oscuro, el silencio de fondo se hace más denso y la conversación se hace más íntima. La versatilidad de estos lienzos era paradójica: él juntaba todas las hojas ya ilustradas, su abuela regresaba y se las llevaba

para envolver azúcar, arroz o fideos. “Seguramente alguna casera se llevó varios de esos dibujos”, recuerda con risueña nostalgia.

Dentro de las coincidencias se encuentra un patrón. Eduardo no es el primer ni el único artista que tuvo asma; por nombrar algunos están Mario Benedetti, Charles Dickens, Marcel Proust y Lucho Hernández, a quien Tokeshi cita como modelo e inspiración: “Él tenía asma de chico, y lo único que hacía, porque era lo único que podía hacer, era leer mucho. Comenzó a leer clásicos, libros de astronomía, y eso lo hizo. Así hay muchísimos escritores”. Al recordar esta época, Eduardo suelta una risa irónica, se recompone y me dice “Yo creo que alguien debería, de pronto tú, describir e investigar sobre cuántos artistas han tenido asma”. Lo miro y, con una sonrisa nerviosa, apunto su petición en el cuaderno que tengo sobre las piernas y sello el compromiso que espero haber cumplido, parcialmente, en estas líneas.

Tokeshi fue víctima de una maldición China, al igual que muchos de nosotros: “Ojalá te toque vivir tiempos interesantes”. Él fue un estudiante producto de la revolución de Velasco, de aquellos sueños inconclusos de la reforma agraria, la reforma educativa y la reforma estructural del Estado. Luego vivió los gobiernos de Fujimori, un japonés que, a su forma de ver, fragmentó a la comunidad nikkei y le dejó una marca que perdura con los años. Luego, como artista visual, presenció el terrorismo desde sus inicios: “La idea de este país deshaciendose en la década de los 80 y 90 es realmente como quien es testigo del derrumbe de su hogar”. Todos estos eventos históricos lo formaron como persona, como peruano.

“¿Cómo pruebo ser japonés o peruano? Lo pruebo con una vocación rabiosa: a mi solamente me indignan las cosas que pasan en ese país. Me hierve la sangre, me molesto, dejo de ver noticias, me vuelvo una bestia, le hablo al televisor, me quejo frente a los noticieros. Mi grado de indignación es sumamente equivalente con mi grado de amor: uno solo se indigna con lo que ama”, dice Eduardo mientras mueve las manos y enumera, con sus dedos, todo lo que le duele del Perú, de su Perú.

Gustavo Buntinx, curador y pionero del proyecto Micromuseo en Lima, se refiere a la noción de identidad peruana que tiene Eduardo Tokeshi y de cómo lo incorpora en sus obras. En el texto “Los signos mesiánicos: fardos y banderas en la obra de Eduardo Tokeshi durante la ‘República de Weimar Peruana’ (1980-1992)”, Buntinx habla sobre uno de los elementos claves de la serie “Banderas” del artista nikkei:

"La más dramática de las banderas de Eduardo Tokeshi —'Bandera VIII'— configurada por ciento ocho recipientes estériles colmados de sal y de sangre. Un insólito uso artístico para estas 'bolsas de transferencia' que se importan al país para su utilización médica en la conservación y transfusión de líquidos corporales. Las formas industriales de sus pliegues y conductos adquieren poderosas sugerencias orgánicas al colgar impresionantemente de una estructura metálica donde los cromados alternan con el color verde-hospital. La patria en cuidados intensivos.

[…] 'Bandera VIII': una bandera de sangre y de sal. La sangre es artificial, pero incorpora la del propio artista. Como una peruanidad ficticia, una nacionalidad ilusa, en cuya redención ciudadana, sin embargo, se nos va la vida. A veces demasiado literalmente". Sin embargo, la peruanidad en Eduardo no es una ilusión ni mucho menos. Es su forma de existir, de ver el mundo.

La suma de todos estos Eduardos se consumó en Sanzu: el primer libro publicado por Tokeshi a sus 61 años, producto de su tesis de maestría en escritura creativa de la Pontificia Universidad Católica (PUCP), que reúne sus facetas como escritor, pintor, hijo, padre, esposo, hombre, niño, y creador. El nombre del libro significa “río de tres cruces”; según la religión budista, este debe ser cruzado por los muertos para que lleguen al más allá. Para Eduardo, la idea de un camino que une a vivos y muertos le ha permitido reconectar con sus familiares, con su niñez, con “la otra orilla”, como llama al apartado del libro donde se encuentran sus poemas.

Esta obra es, quizás, fruto de la soledad creativa a la que Eduardo evoca como si hablara de una vieja y fiel amiga: “Yo creo que la soledad es un arma muy buena, es una herramienta muy poderosa para crear. Hay mucha gente que crea en cualquier sitio, pero para mí funciona el estar solo, el estar confrontado con uno mismo”. Dentro de su discurso también cabe la ironía. Sí, crea solo, pero con la idea de sentirse acompañado. Él considera que sus escritos y sus pinturas son como salvavidas que arroja al mar: “los voy lanzando para que la gente se salve también como yo me estoy salvando con el acto de escribir”.

Antes de cerrar el diálogo en medio de la oscuridad vespertina de la sala, le pregunto a Eduardo: “¿Cómo se siente ahora que su libro ya ha sido publicado?”. Él se ríe, titubea un poco y responde “En este momento me siento un tanto vacío, porque ya no estoy preocupado por el libro ¿Qué es lo que tiene un artista, un creador, luego de que su obra ha sido lanzada? Es un vacío, una especie de enooorme vacío”. Sin embargo, el tono de su voz no es melancólica ni mucho menos, sino más bien reflexiva, hasta esperanzadora. Él

cree firmemente en que la creación llama a la creación, y el finalizar una obra es, en el mejor de los casos, el siguiente paso para empezar algo nuevo.

Eduardo se levanta del sofá, sube lento por las gradas de madera hasta el tercer piso en donde se encuentra su estudio, abre la puerta, prende una luz y entra: “Perdón por el desorden”. Las paredes blancas tienen manchas rojas, azules, negras, amarillas y algunas cintas que quedaron pegadas como recuerdo. El piso de cemento liso también está decorado con pintura, y en el contorno de la habitación están los cuadros ya terminados: algunos son redondos, otros cuadrados, pero todos tienen el mismo sello. Sobre una mesa roja hay un vidrio, y sobre el vidrio hay una mezcla de colores entre el amarillo, el morado, el negro y el blanco. “Esta es mi paleta de color, todo artista necesita una”, dice Eduardo mientras se sienta frente a un cuadro que esperaba la última pincelada.